



José Mármol

A Teresa

I

Alma del alma mía,

ya en tu labio los hábitos no aspiro

del aire de mi frágil existencia,

y ya en tus ojos lánguidos no miro

la clara luz de mi risueño día.

Mas ¡ay! si de la esencia

del cáliz de tu alma tu suspiro

el nombre lleva de tu triste amante,

si tu mano al pasar sobre tu frente

la imagen mía en tu memoria siente,

qué me importa de ti, llorar distante.

II

Teresa, ya el destino

nos separó ¿es verdad? Pues bien, escucha,

cuando ya no he de hallarte en el camino

de mi vida quizá; cuando aun es mucha

la juventud que a mi existencia queda;

cuando todo el aroma de sus flores

arrebate ambicioso a tus amores,

antes, bien mío, que olvidarte pueda,

la fuerza de olvidar muera conmigo.

Que en supremo embeleso,

para siempre jamás dejé contigo

con mi primer amor, mi último beso.

III

Sí, Teresa, es verdad, el pecho mío

dijo adiós al placer cuando mi mano

tocó la tuya por la vez postrera,

mientras el labio

se negaba al rigor de la palabra;

y sólo el llanto del dolor tirano

que barrenaba mi alma y ahora labra

con agudo puñal tu nombre en ella,

te dijo adiós para seguir la estrella

sin lumbre, sin destino,

que colocó el infierno en mi camino.

Y si al amor no dije

¡ay! otro adiós también, mi tierna amiga,

es porque mi alma para siempre elige

este amor celestial que por ti abriga.

V

Vivirá enamorada

de tus dulces recuerdos mi memoria,

vivirá iluminada

por un rayo de amor la hermosa historia

de mi primer amor y mis placeres,

en el fondo del alma que te adora.

Y entonces ¡ay! qué pueden las mujeres

y las pintadas flores,

la blanca luna y la radiante aurora,

qué pueden ¡ay! si pienso en tus amores.

VI

Cinco de enero, ven; ven a mi mente

y vive en medio a mis amargas penas,

como la clara fuente

del desierto abrasado en las arenas:

cual la perla escondida entre las olas

del irritable mar, cual la esperanza

en el oscuro abismo de la vida,

coronando de bellas aureolas

esa cumbre fingida

do el inexperto corazón se lanza.

VII

Ven a mi mente, ven; vengan contigo

sus encantos, su amor, sus juramentos,

su dulce acento al suspirar conmigo,

sus rizos por su sien y la sien mía,

su temblor virginal y los alientos

abrasados de amor, y los sonrojos

en su pálida tez, y los desmayos

de su abrasada frente, y, como el día

del cielo tropical, aquellos rayos

que amor brotaban de sus tiernos ojos.

VIII

Ven a mi mente, ven; vengan contigo

las palabras aquellas que ninguna

¡ay! ninguna mujer pronunciar pudo:

«hoy más libre que nunca, tierno amigo,

queda tu corazón; si mi fortuna

te ligó a mi existencia en dulce nudo,

el amor solamente

y no el deber y compasión inspiren

tu beso abrasador sobre mi frente,

cuando mis ojos con placer te miren».

IX

¿Quién fue jamás tan noble y generosa,

quién más abnegación hizo y más pura

que la que esos acentos

revelan tan sencilla y tan hermosa,

de la más bella y tierna criatura,

en los mismos momentos

de sostener la sien de su querido

con vértigos de amor desfallecido?

¡Mas, qué mucho, mi Dios, si todo en ella

es la dulce expresión de la más bella

y tierna poesía

que inspirada brotó tu fantasía!

X

Mujer de filigrana que al mirarla

parece que los hábitos del aire

o los rayos de luz pueden matarla;

yo no sé si a la blanca flor del aire

la podré comparar, si al esmaltado,

tímido picaflor sobre la rosa,

o a la opulenta en galas

sensible mariposa,

sobre un jazmín su pecho reclinado

y oro vertiendo sus celestes alas.

XI

Llegad, horas tan dulces de la tarde

donde se esconden de la historia mía,

mi universo, mi Dios, mi poesía,

y la suprema gloria

de que hace el corazón altivo alarde.

Llegad a mi memoria

horas en que posaba mi cabeza

desmayada de amor sobre aquel seno

rebosando de encantos y belleza,

vacío de doblez y de amor lleno.

XII

Allí la suavidad de los jazmines

mi rostro acariciaba,

allí el olor del sándalo embriagaba

mi sien que se adormía

y al despertar volvía

del tierno corazón a los latidos;

y a las auras con hálitos de rosas

que en vez de alientos por mi sien corrían

y de sus dulces labios encendidos

derramaba mi hermosa,

en besos que a mis ansias respondían.

Cuando al mirarme tierna, poco a poco

su cabeza inclinaba, y con sus rizos

cubriéndome el semblante, confundía

al fin su ardiente boca con la mía.

Y de deleite loco,

y loco con su amor y sus hechizos,

mi corazón la sangre que encerraba

a mi apagada tez precipitaba.

Así el sol en la tarde

a medida que baja su alta frente,

va enrojando el pálido occidente

hasta que en llamas purpúras arde.

XIII

¡Embriaguez celestial! -Llegad tranquilas

como la dulce luz de sus pupilas,

horas de la oración, a mi memoria.

Yo he gozado en vosotras todo cuanto

puede a un mortal envanecer de gloria,

gloria del corazón, placer sin llanto.

XIV

¿Qué caricias me son desconocidas

bajo del pardo velo

con que cubrís tan lánguidas el cielo?

¿Qué palabras sentidas

no llegaron al fondo de mi alma,

puras y religiosas cual la calma

en que absorbéis el pálido universo?

¿Qué tierno melancólico suspiro

no enlutó mi alegría,

como en vosotras, al morir el terso

rayo del sol en perlas y zafiro,

la primer sombra de la noche umbría,

cuando con ella conversando a solas

hasta el adiós postrer iba la mente,

hasta el cruel más allá de lo presente

y hasta mi nave en medio de las olas?

Y ella, dando valor al alma mía,

con sus mismas palabras más sufría:

así una débil lámpara derrama

roja luz que deslumbra una pupila,

y cuando brilla más, más se aniquila

y se consume con su propia llama.

XV

Sufría, sí, porque su rostro bello,

su célica hermosura,

tienen menos de Dios el claro sello

que de su alma la cándida dulzura.

Mujer que amando vive y moriría

si a su vida el amor faltara un día.

XVI

¡Misterios del Eterno! Aquese pecho

que guarda sus más dulces afecciones,

puede sentirse de repente estrecho

al raudo temporal de las pasiones;

así en el Paraná, linfa del Plata,

y entre sus islas de aromadas flores,

la corriente sus ímpetus desata,

y las ondas estallan sus furores.

XVII

Sí, Teresa, tú en medio del embate

de la vida y el mal en torpe guerra,

eras cual blanca flor en yerma y ancha

arena de un combate

que enrojeció la tierra,

sin tener en las hojas ni una mancha,

y sin que el ámbar agostarle pueda

el vapor de la sangre o la humareda...

¡Oh, y no te olvidaré!, y no el cederte

siento, mi corazón hasta la muerte.

¿Sabes, sí, lo que siento hasta el exceso?

No haberte dado a ti mi primer beso.

XVIII

Mas ay, mi bien, no envidies la fortuna,

en mi primer edad, de otras mujeres;

en los brazos de cien no amé a ninguna,

amaba solamente los placeres,

las fuertes emociones,

las romanescas verdes ilusiones.

Para mi joven pensamiento loco,

era, por Dios, el universo estrecho,

y toda novedad era bien poco

a la ambición de mi agitado pecho.

XIX

Seguía por do quiera

de mi destino el fallo.

Y asistir a la cita de una hermosa

o domar un indómito caballo

fue siempre para mí la misma cosa.

No envidies, pues, Teresa, otras mujeres

yo no amé la mujer, sí los placeres.

XX

Era sólo la fiebre de la mente

quemando de mi ser la primer fibra;

era la tempestad que en el oriente

de mi vida se alzaba, y que en mi seno

estallaba furioso el primer trueno

que apenas hoy en mis oídos vibra.

Ese tiempo pasó, vino la calma,

vino el amor en su pureza al alma,

y te he dado, mujer, en mi embeleso,

con mi primer amor mi último beso.

Montevideo, junio de 1846

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

